

ALFAGUARA

LUIS GARCÍA JAMBRINA

El manuscrito de piedra

316 Páginas-18,50 Euros

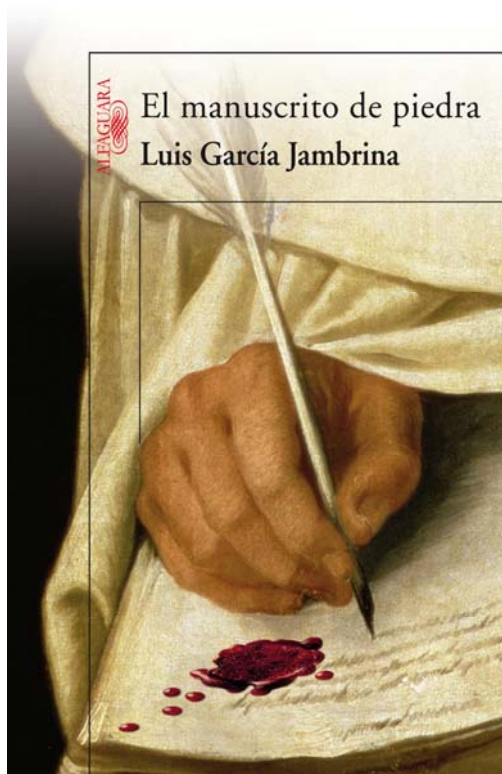


El autor

Luis García Jambrina (Zamora, 1960) es profesor titular de Literatura Española en la Universidad de Salamanca. Es Doctor en Filología Hispánica y Experto en Guión de Ficción para Televisión y Cine. Ha publicado numerosos artículos y varios libros de ensayo sobre literatura y preparado antologías y ediciones de grandes poetas españoles, como Claudio Rodríguez, Caballero Bonald, Pere Gimferrer o *La promoción poética de los 50*. Es crítico del suplemento *ABCD las Artes y las Letras*. Ha recibido el Premio Fray Luis de León de Ensayo en 1999 y el Premio de Relato Breve Fundación Gaceta Regional en 2006.

Es autor de los libros de relatos *Oposiciones a la Morgue y otros ajustes de cuentas* (1995) y *Muertos S.A.* (2005). Sus cuentos han sido traducidos a varias lenguas y figuran en las siguientes antologías: J. A. Masoliver Ródenas y Fernando Valls (eds.), *Los cuentos que cuentan* (1998); José Luis Puerto (ed.), *El cuento literario en Castilla y León II* (2002); *El tiempo de mayores. Cuentos sobre nuestros abuelos* (2006); y David Roas y Ana Casas (eds.), *La realidad oculta. Cuentos fantásticos españoles del siglo XX* (2008), Premio Qwerty en 2008 al mejor libro de cuentos en castellano. *El manuscrito de piedra* es su primera novela.

La obra



El manuscrito de piedra es una ventana a la Salamanca prerrenacentista, verdadero epicentro del saber de la época.

Misterio, intriga y cultura en una obra donde la vieja Celestina y Fernando de Rojas se hacen personajes vivos para el lector.

Una obra que muestra la variedad intelectual de un tiempo que a veces creemos monolítico y unívoco.

Profundiza en la leyenda de La cueva de Salamanca, donde, según la tradición, el mismo Diablo impartía clases de ciencias ocultas.

«Un año más, tras unas cortas vacaciones de verano en su pueblo de origen, Fernando de Rojas volvía a Salamanca con el propósito de proseguir sus estudios». Así se presenta al protagonista de *El manuscrito de piedra* en su primer capítulo, un joven Fernando de Rojas, el mismo que la posteridad conocerá como el autor de la universal obra *La Celestina*, presto a iniciar un nuevo curso en el Estudio General de Salamanca.

Pero el curso de 1497 no tendrá un inicio tranquilo. El catedrático de Teología es brutalmente asesinado a la entrada de la Iglesia Mayor y su cuerpo hallado con una moneda en la boca y una marca en su mejilla izquierda. Fernando, que ya había destacado en la Universidad por su interés en todo tipo de saberes, no siempre ortodoxos, recibe un encargo personal del Obispo de Salamanca: descubrir al culpable de tan atroz crimen. Lamentablemente, este asesinato no es el único, sino solamente el primero de una serie de ellos que atraviesan la novela y pondrán a prueba el temple y la capacidad del bachiller Rojas.

El manuscrito de piedra recorre magistralmente la vida universitaria de la Salamanca prerrenacentista a través de la investigación de Fernando de Rojas. Aulas, conventos, mancebías, tabernas, palacios y antros oscuros son los escenarios de las indagaciones y aventuras de Rojas. Tirando del ovillo hasta el final, abriendo puerta tras puerta, Fernando va encontrando respuestas sorprendentes, algunas de las cuales le llevan a lugares que creía pertenecían al territorio de la leyenda y no de la realidad.

Luis García Jambrina logra con *El manuscrito de piedra* un perfecto crisol con elementos de novela histórica, detectivesca y de aventuras, pero sumando un gran rigor académico y documental. Fernando de Rojas y la vieja Celestina se encuentran cara a cara en un argumento apasionante donde se refleja la lucha de poder en la sociedad de la época. Una novela completa que nos hace disfrutar de lugares y sucesos, que nos hace sentir el variado y diverso bullir de ideas de los albores del Renacimiento y que nos deja un Fernando de Rojas tan cercano y tan vivo que el lector queda deseando encontrarlo de nuevo. Luis García Jambrina nos ofrece un relato en favor del Humanismo, la libertad y la tolerancia, un homenaje al autor de *La Celestina* y una galería de personajes inolvidables. Una historia apasionante con grandes dosis de ironía e intriga.

PERSONAJES

Fernando de Rojas: Joven estudiante de Leyes del Colegio salmantino de San Bartolomé y futuro autor de *La Celestina*. Es de origen converso. Inquieto, curioso, con gran poder deductivo y amante de variados saberes, recibe de Diego de Deza, obispo de la ciudad, el encargo de investigar el asesinato de fray Tomás de Santo Domingo a las puertas de la Iglesia Mayor.

Fray Tomás de Santo Domingo: Catedrático de Prima de Teología en la Universidad. Apuñalado a las puertas de la Iglesia Mayor cuando acudía a buscar urgente confesión con el Obispo Diego de Deza. Su cadáver aparece con una moneda de vellón en la boca y una marca en la mejilla izquierda.

Diego de Deza: Obispo de Salamanca, influyente personaje en el entorno de los Reyes Católicos, que lo eligieron como preceptor de su hijo, el príncipe don Juan. Gran defensor de las tesis de Cristóbal Colón. Encarga a Fernando de Rojas resolver el crimen sucedido en la ciudad y averiguar quién hay detrás.

Fray Antonio de Zamora: Herbolario del convento de San Esteban, de donde era hermano Fray Tomás. Versado en plantas, semillas, remedios, venenos y todo tipo de ciencias naturales, enseguida simpatiza con el joven Rojas cuando acude al convento a comenzar sus investigaciones.

Hilario: Fámulo del Colegio de San Bartolomé. Compagina sus estudios con labores de criado. Amigo de Fernando de Rojas desde su llegada al Colegio.

El príncipe don Juan: Hijo de los Reyes Católicos y Príncipe de Asturias. Muere, durante su estancia en Salamanca, en extrañas circunstancias. Tenía sólo 19 años y acababa de casarse.

Sabela: Joven y hermosa prostituta de la Casa de la Mancebía. Buena amiga de Fernando de Rojas.

Celestina: Vieja alcahueta de Salamanca, reparadora de virgos, procuradora de jovencitas para los señores principales y otros oscuros oficios.

Alicia: Una de las prostitutas con las que se acostó el príncipe don Juan en Salamanca. Aparecerá muerta en el pilón de una fuente.

Fernando de Roa: Adversario teórico de los dominicos en la Universidad de Salamanca y heredero intelectual de Pedro de Osma. Gran rival de Diego de Deza y maestro heterodoxo, se presenta a la cátedra que ha quedado vacante tras el asesinato, pero es derrotado por el candidato del Obispo.

Fray Germán de Benavente: Fraile franciscano, jubilado y retirado de su cátedra, profundo conocedor de la brujería y de las ciencias ocultas. Rojas acude a él buscando consejo para interpretar un enigmático mapa.

DECLARACIONES DEL AUTOR

Sobre la novela histórica

Es verdad que *El manuscrito de piedra* tiene algo de novela histórica, si bien participa de otros géneros y a la vez los trasciende, gracias a su alcance simbólico. En este sentido, debería señalar que yo he llegado a la novela histórica sin pretenderlo, de forma casi natural. Después de haber escrito varios cuentos sobre algunos enigmas de la Historia de la Literatura Española, como la autoría del *Lazarillo*, la del *Quijote* o la muerte de Unamuno, me surgió de repente una historia que exigía mucho más desarrollo y complejidad, en torno a la figura de Fernando de Rojas, del que no sabemos casi nada, en la Salamanca de finales del siglo XV, de la que ofrezco una visión bastante nítida.

Para mí, la novela histórica es aquella que nos permite viajar al pasado, vivir en otra época, tratar con personajes fascinantes, resolver enigmas históricos y, de paso, conocer mejor nuestro presente sin necesidad de movernos del sillón de casa. La ambición, la innovación y la calidad dependen luego de cada autor. Naturalmente, dentro de la novela histórica, como en las viejas boticas, hay de todo; y, al igual que en el mundo de las antigüedades, en ella son muy frecuentes los fraudes y las falsificaciones. Pero también hay muchas novelas experimentales o vanguardistas mal escritas y llenas de defectos formales y estructurales, y, por supuesto, mucho camelo; últimamente, se nos están vendiendo como innovaciones cosas que ya se habían inventado hace justo un siglo. Las etiquetas, en principio, no presuponen nada.

En el caso concreto de la novela histórica, se ha producido una cierta banalización y abuso del concepto, y ello la ha puesto bajo sospecha. Pero en esto, como en todo, habría que hablar de novelas buenas y de novelas malas, al margen de las etiquetas. Para mí, han sido fundamentales como lector, entre otras, *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar; *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder; *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco; *El hereje*, de Miguel Delibes, o *Arthur & George*, de Julian Barnes, por citar sólo a una francesa —aunque de origen belga, como Hércules Poirot—, a un norteamericano, a un italiano, a un español y a un inglés, como en los famosos chistes.

Suele decirse que España es un país sin una gran tradición de novela histórica, en comparación con Inglaterra o Francia. Tal vez se deba a que, hasta fechas recientes, España no ha tenido un amplio tejido de lectores ni un desarrollo económico y cultural equiparable al de esos países, algo que, en mi opinión, va íntimamente asociado a la vitalidad de este tipo de géneros. Por otra parte, tengo la impresión de que los españoles casi siempre nos hemos llevado mal con nuestro pasado. Incapaces de verlo con el debido distanciamiento, con ironía o con naturalidad, sólo hablábamos de él para idealizarlo o para denigrarlo de forma maniquea: o el Glorioso Imperio o la Leyenda Negra, parece que no cabía otra opción.

En mi opinión, el auge que está viviendo la novela histórica española en las últimas décadas tiene que ver, precisamente, con el progresivo aumento del número de lectores y, sobre todo, con lo que podríamos llamar la “normalización histórica y cultural” de España. Por eso, creo que no debería hablarse de simple moda de la novela histórica, sino de “restauración” y desarrollo acelerado de un género que tiene sus raíces en el siglo XIX. Por otra parte, es muy posible que el creciente desencanto ante la realidad presente nos esté llevando a un nuevo romanticismo, un romanticismo, eso sí, irónico y descreído, pero no por ello menos apasionado.

Sobre novela y ciudad

Una ciudad no es tan sólo un lugar geográfico, un territorio urbano. Es también un espacio literario, un ámbito simbólico en el que se funden el mito, la invención y la realidad. No en vano las ciudades las construyen también los novelistas. Son ellos los que las crean, configuran y remodelan, libro tras libro y siglo tras siglo, en el imaginario colectivo de las gentes. De hecho, podríamos decir que, si los hombres no escribieran, no existirían las ciudades.

Una ciudad es, por otra parte, un texto que no se acaba nunca de escribir y no dejamos nunca de leer, un territorio en el que se entrecruzan la memoria y el deseo. Una ciudad es en sí un gran relato, una novela de novelas, una tupida red de narraciones que se entrecruzan y se bifurcan, un gran símbolo, una creación autónoma de la imaginación, un hipertexto al que se vinculan infinitos textos, como el famoso libro de arena de Borges, un palimpsesto sobre el que escribimos una y otra vez las mismas historias y metáforas, siempre renovadas y distintas. En el subsuelo de toda ciudad, hay, además, una ciudad oculta y sumergida, una ciudad onírica y subconsciente, en espera de que un escritor la redescubra y la haga aflorar.

Pero, más que un tema, un motivo o un escenario, algunas ciudades, como Salamanca, son en sí mismas un género literario. Su compleja y variada topografía es, en realidad, un reflejo o representación del alma colectiva, y no tan sólo el marco o decorado en el que se desenvuelven nuestras vidas. Y es que, en cada ciudad, hay, amalgamadas, una ciudad exterior y una ciudad interior, una ciudad visible y una ciudad invisible, una ciudad histórica y una ciudad mítica, una ciudad real y burguesa y una ciudad imaginaria y utópica, una ciudad empírica y una ciudad virtual, una ciudad de piedra, hierro, cristal y hormigón y una ciudad de papel y tinta. (*Descubrir el Arte*, n.º 113, 2008)

La crítica

HA DICHO...

«En suma, manipular, jugar con la historia literaria, con los ritos, con la vida, pero hacerlo valiéndose de un estilo sencillo, realista, y utilizando los mecanismos de lo fantástico, adobado con los ingredientes fundamentales del humor y la ironía; en eso consiste la sustancia de la narrativa posmoderna, esta vez sí, de este exquisito y escéptico fabulador, maestro en el manejo de la trama, que es Luis García Jambrina».

Fernando Valls

«Aprecio mucho y admiro a Luis García Jambrina como buen cuentista que conoce bien la naturaleza de los materiales que maneja, y que utiliza para darles expresión una prosa nítida. Aunque como filólogo es consciente de las operaciones que realiza, sus cuentos tienen la ingenuidad audaz propia de los creadores, no la pedantería de los académicos».

Pilar Pedraza

«Hay en García Jambrina cualidades de narrador nuevo: su forma de narrar es transparente, sus ideas son precisas, y hay en él un goticismo posmoderno tan lleno de ironía como de virtudes literarias».

Manuel Vilas

«Una de las principales virtudes de García Jambrina es su precisión, tanto en el estilo como en la estructura de los relatos, de modo que el lector nunca tiene la sensación de extraviarse ni de perder el tiempo. Es un narrador sintético y económico».

Andrés Neuman

Sobre *Muertos S.A.* (2005)

«*Muertos S.A.* de Luis García Jambrina reúne nueve relatos sorprendentemente nuevos, escritos con una aparente sencillez, que es el mejor anzuelo para arrastrar al lector a una navegación por sus aguas procelosas, donde lo real y lo imaginado, lo cierto y lo inverosímil se dan la mano. No se sabe en cuál de las dos vertientes aumenta el placer de la lectura».

Rosa Navarro Durán, *Clarín*

«Todas las narraciones tienen la defunción como vaso comunicante. Pero tocada desde la hábil narrativa de Jambrina, que huye de cualquier planteamiento gótico para enredarse en argumentos que siempre esconden, detrás de una inquietud, una sonrisa, un giro, una sorpresa rizada como un tifón hecho en la prosa».

Antonio Lucas, *El Mundo*

«He dicho antes que los buenos libros de literatura suelen ser también buenos libros de crítica literaria. La pieza que abre este volumen se titula “La verdadera historia del *Quijote*”, y sería uno de los ensayos más iluminadores sobre Cervantes si no fuera uno de los cuentos más portentosos que he leído en los últimos años».

Antonio Orejudo, *Quimera*

«Me gusta mucho el relato del profesor que va a hacer un “bolo” a Toledo y se encuentra con una ciudad subterránea (homenaje acaso al Carrere de *La torre de los 7 jorobados*, hecha película por Neville [...]), y de paso contribuye a poner orden en la autoría del *Quijote*, como también *explica* quién fue el verdadero autor del *Lazarillo* (y es éste un excelente relato)».

Javier Goñi, *El País*

«Pero es en los relatos incardinados en lo inexplicable, en la ronda de lo ultrarreal –sin espiritismos– donde García Jambrina da la verdadera medida de sus posibilidades. [...] Por lo mismo, suscita nuestra adhesión la inexplicada invasión de la ciudad por los muertos («Overbooking»): el título, tan desmitificador, tan irrespetuoso, es un acierto rotundo».

Miguel García-Posada, *ABC*

«Todos los elementos de los relatos convergen con resultados literarios muy felices en el homenaje que el autor tributa a Unamuno en “El último café”, [...] un símbolo perfecto de los recursos con los que Luis García Jambrina ha tejido magistralmente sus cuentos: el afecto, lo literario y lo irreal, evocados a través de una variada y polisémica visión de la muerte».

Nicolás Miñambres, *Diario de León*

«Quienes oponen cuento y novela, olvidados de que la literatura no es cuestión de tonelaje, no deben viajar nunca en metro, porque allí muchos lectores siguen sacando de sus bolsillos la magia de Poe, Borges, Cortázar y tantos orbitadores de pequeños grandes mundos. Mundos tan poderosos como los de *Muertos S.A.*, excelentes relatos fantásticos de Luis García Jambrina».

Juana Salabert, *La Razón*

«El hecho de trabar relación con muertos y difuntos, de mantener conversaciones con gente de ultratumba, proporciona momentos de literatura fantástica y también planos irónicos. La mezcla del horror de la muerte con la broma de su presencia permite contrastes y ángulos divertidos, distintos niveles que el autor maneja con soltura, como si estuviera disfrutando con la propia creación».

Ramón Jiménez Madrid, *La Opinión de Murcia*

«El amor que este autor siente por la letra impresa está patente en cada una de sus historias. Cuentos que, por otra parte, parecen escritos para ser recitados junto al crepitar de la chimenea y con la voz ronca de los viejos. La literatura hecha confesión. Porque la escritura es el único instrumento que nos queda para ganarle la última palabra a la muerte».

Laura Castillo, *Avui*